

## 26. Autógrafo de Mademoiselle de Cicé, presentando su defensa en el Juicio de la Máquina Infernal, 1801

En "Arrestos y juicio de Marie-Adélaïde Champion de Cicé" p. 11-13

Quiero que mi conducta sea conocida, y esto es lo que expongo.

No tengo la culpa de haber entrado en ninguna trama, ni de haber sido consciente de ella. Es posible que haya cometido una imprudencia al proporcionar a una persona que no conocía el asilo que se me pidió; A esto respondo que apenas tuve tiempo de pensar, pues la oportunidad de prestar este servicio se presentó en el mismo momento, ya que fue en el momento en que la señora de Gouyon y sus hijas me dejaban, cuando se me ocurrió proponer a la madre que la llevara con ella, y para preguntar en mi nombre si Mme Duquesne estaría dispuesta a recibir durante dos o tres días a un hombre cuyos papeles no estaban en regla, que vivía muy tranquilo en París, pero que temía que las visitas más frecuentes que hacíamos en ese momento le dieran la oportunidad de visitar sus papeles; que me pidió que me quedara sólo por el momento, ya que tenía que ir al campo con su familia.

No pregunté por el nombre o el país de este hombre; sólo consideré su posición tal y como la acabo de representar. Sólo he conocido su nombre y todo lo que se ha dicho de él desde la detención. No se me había anunciado en absoluto, si una persona que, como he dicho, no es el Sr. de Limoëlan, no me hubiera comprometido a conseguir un alojamiento.

Protesto que sólo la llevó a hacerlo un movimiento de caridad, estando tan lejos como estoy de hacer el mal y de sospechar de ella. Me he abstenido de nombrarla, y no tengo intención de hacerlo, ya que su inocencia no la protegería de las sospechas más que la mía. Esta persona no es culpable, estoy seguro de ello, es una injusticia hacerla sospechosa de serlo. **La ley natural** me impone el deber de no hacer a los demás lo que no quiero que me hagan a mí; la religión consagra este principio. **No es un crimen lo que oculto a la justicia, es la inocencia lo que cubro con mi silencio.**

Esta persona no tiene más conocimiento de la horrible trama que yo, sobre la que no puede dar ninguna luz. Estoy seguro de su ignorancia y no tengo ninguna duda al respecto. Pero suponiendo que, por alguna posibilidad imposible, la sensibilidad natural por una persona desafortunada la hubiera extraviado, la hubiera engañado, y que hubiera sospechado de este hombre desconocido del que se le habló, nunca podría haberme comprometido a mí y a las otras personas de esta manera.

Esto no se puede suponer de una persona honesta, y tal es ciertamente la que me habló. Este hombre no había sido anunciado para ella más que para mí y es igual de desconocido para ella, ni siquiera ha sabido su nombre. Protesto porque la propuesta que se le hizo sólo fue aceptada, como he dicho, porque se me dio a conocer en el momento de la salida de Mme. de Gouyon. Al no tener otros medios, sin este hecho circunstancial, el asunto se habría quedado ahí y sólo habríamos tenido una negativa. Esto es una prueba de la sencillez con la que actué, sin tener tiempo para reflexionar, siguiendo la primera idea que se me presentó, que no requería ninguna deliberación, ya que todo el asunto no duró ni cinco minutos.

También soy testigo de que esa persona a la que querían que nombrara, sintió tanto horror e indignación como yo cuando me enteré de la horrible trama desde el suceso. En esta ocasión, como en varias otras, **bendije a la Providencia con la preservación del Primer Cónsul.**

Esta Providencia, que vela por nosotros, lo apartó de los peligros que amenazaban su vida, sin duda para hacerlo más que nunca protector de esta religión divina, tan querida por mi corazón, la única capaz de hacernos felices, de esta religión de Jesucristo, que me

enseña a amar a mis semejantes, a hacerles el poco bien que depende de mí, a desearles más, a no hacer ni desear nunca el mal a nadie, bajo ningún pretexto. También me enseña, cuando mi conciencia no me reprocha nada, a contentarme con su testimonio, mientras espero la manifestación de su inocencia, la bondad de Dios que la protege, así como la justicia de mi causa. Permítanme repetir los hechos.

Cuando la señora de Gouyon salió de mi habitación, me dijeron que ese hombre estaba en la calle, esperando la respuesta. Bajé las escaleras con la señora de Gouyon, a la que rogué que le permitiera seguirla, y desde la puerta de la casa le dije al hombre, sin verlo, ya que era de noche y hacía muy mal tiempo, que la acompañara a su alojamiento. Volví a mi casa. Al día siguiente fui a ver a la señora Duquesne. Allí me enteré de que la caridad del éxito, por una parte, y la confianza en mí, por otra, se habían comprometido, aunque no teníamos cama, a hacer una por el momento, no queriendo echarle a estas horas y con tan mal tiempo, sobre todo porque me habían asegurado, y yo mismo lo había dicho, que era un hombre muy honrado. Lo vi por primera vez, ya que no pude distinguirlo al atardecer y con el tiempo. Me repitió lo mismo que me habían dicho de él, es decir, que sólo sería por un momento, que se iba al campo, que eso era todo lo que yo trataba con él.

La desgracia que tengo, y que cada vez me angustia más, de haber sido la ocasión, por mi recomendación, del dolor experimentado por las personas más respetables, me ha hecho tener mucho cuidado de evitar nombrar a nadie, en lo que se refiere a las relaciones más sencillas y ordinarias de la vida, por miedo a que también se preocupen. Me lo reprocharon en mis interrogatorios, y esta es la razón. En todo lo que se ha descubierto o podría descubrirse sobre mi conducta, nunca habrá nada culpable, ni nada que pueda hacerme sospechar. Sólo las cosas más inocentes se han encontrado en mí. Sin embargo, se abrieron dos secretos en mi secretaria, que contenía lo más íntimo que tenía, las cartas de mis hermanos. Sin duda habrían encontrado lo que podría haberme hecho sospechar, si hubiera existido.

Sigo observando que basta con examinar mi conducta desde la detención de este hombre para reconocer que no tengo conocimiento de este espantoso asunto. Sin esta ignorancia, cómo podría haber permanecido tranquilo en casa. El domingo por la mañana, al enterarme de que la Sra. Duquesne había sido detenida, mi primera reacción fue ir a presentarme inmediatamente, sin que se me requiriera, tan firme era mi inocencia, la suya y la de las demás personas que habían contribuido a mi petición, para proporcionarme alojamiento. Si no me mostré, como me sentí inclinado a hacerlo, no me columpié al menos el martes después de ser arrestado, para rendir homenaje a la verdad. Que se sienta plenamente en el corazón de los que me escuchan. Espero en Dios, protector de la inocencia; no permitirá que una imprudencia, que la caridad disculpa, se transforme en un crimen que aborrece.

¿Podrían ustedes, ciudadanos jueces, sospechar de mí, y sobre todo acusarme de complicidad, si un movimiento de compasión natural de mi sexo me hubiera llevado a dar asilo a un culpable en el que sólo hubiera visto a un miserable? Si en esta suposición, nuestra justicia guiada por tu corazón, te hubiera hecho discernir que mi inocencia, ¡cómo no reconocerla, ya que no es así, y que los respetables compañeros con los que la sociedad me honra sólo han visto, como yo, a un hombre avergonzado por las circunstancias que he deducido! ¿Hay alguno de vosotros cuyo corazón no hubiera coincidido con el nuestro, si hubiera estado en nuestro lugar?